

En este trabajo no me referiré al Francisco Hernández ganador del Premio Poesía Aguascalientes 1982 con *Mar de Fondo*, no al que ganó el Premio Carlos Pellicer para obra publicada con *Habla Scardanelli* (1992) o, más recientemente, el Premio Villaurrutia por *Moneda de tres caras*, publicado a finales de 1994. Me referiré en cambio, al primer Francisco Hernández, esto es, el joven poeta a quien hace más de veinte años, veintitrés para ser exactos, tuve la fortuna de conocer en cierta agencia de publicidad y tratar, de manera un tanto aislada, pero siempre amistosa por más de dos décadas. Este trato un tanto distante, aunque no por ello exento de admiración, me ha permitido observar su extraordinaria evolución como poeta y como artista. Por aquel entonces, en 1972, el jarocho —como se le conocía en las agencias de publicidad— Francisco Hernández tenía la estampa de un slugger, un bateador de largo alcance para quienes no sepan de términos beisboleros, tan caros para el poeta nativo de San Andrés Tuxtla, que por alguna oscura causa no lograba hacerse de un lugar en el line up de la vida.

* Area de Literatura, Universidad Autónoma Metropolitana—Azcapotzalco.

Era inteligente, talento no le faltaba y en el trato diario se revelaba como una excelente persona que no rehuía las responsabilidades y tenía un bien ganado prestigio profesional. Ya había encontrado a su pareja, Rosabertha, quien desde años antes era su amorosa, devota compañera. Andaba por los 26 años, preferentemente vestía con tonos claros, algunas veces usaba saco y nadie recuerda haberlo visto con una corbata al cuello. Quien lo conocía no podía dejar de advertir en el incipiente poeta una lowryana sed de agotar cuanta copa y cuanto libro —en especial de poesía— se le pusiera enfrente. Semana a semana compraba dos o tres libros, preferentemente de poesía, en especial de la colección “Los poetas”, en la que la editorial Fabril de Buenos Aires ofrecía espléndidas antologías de autores como Milosz y Saint John Perse, a quienes por cierto conocí gracias a él. En su compañía también conocí una buena cantidad de bares y cantinas que el buen Paco frecuentaba a morir. Beber y leer constituían los ejes de la existencia del joven Francisco Hernández, actividades que sólo abandonaba para escribir, por un lado publicidad, para ganarse la vida y, por el otro, poesía, para sobrevivir al diario encuentro matutino con el espejo. Francisco deseaba ser poeta, crear una obra propia, personal según los parámetros que señala Luis Rius a propósito de la originalidad de Jorge Manrique. Una y otra vez leímos y releímos el fragmento que a continuación cito y que Francisco Hernández, en ese momento escritor con lecturas, pero todavía sin obra, copió y guardó en las páginas de algún libro.

La originalidad de una creación poética no radica en ninguno de los elementos o factores de los cuales se compone (temas, estructura, lenguaje, etc.). Está en la hondura y en la individualidad con que el poeta capta una realidad elementalmente humana. Esta intuición es de suyo, por ser intuición, irreme-

diablenamente original; sólo un hombre en su más pura soledad puede tener esa intuición, y sólo en un determinado momento síquico. Ella sí que no tiene antecedentes ni consecuencias: ni antes de producirse había podido existir, ni después volverá a repetirse. Otras intuiciones distintas hubo antes; otras habrá después. Esa no.¹

Varias veces escuché al autor de *Moneda de tres caras* repetir los conceptos expresados por el docto profesor y claro poeta, nacido en Taracón, España. Ser poeta consistía en expresar esa intuición personal, única e irrepetible, sin que importaran lo manido de temas o medidas métricas. La suya era una sólida vocación literaria, que resistía la prueba del alcohol, a la que Francisco la sometía con harta frecuencia, debido a que no podía dedicarle todo el tiempo y todos los esfuerzos que hubiera querido. Así, el incipiente autor estaba metido en un círculo vicioso que por fortuna no le impidió producir sus primeros cuatro libros de poesía.

Ellos son *Gritar es cosa de mudos* (1974)², *Portarretratos* (1976)³, *Cuerpo disperso* (1978)⁴ y *Textos criminales* (1980)⁵. Las fechas indican cercanía entre todos ellos y una empeñada voluntad de expresión en Hernández, que sistemáticamente enturbiaba el alcohol. En otro orden de cosas, los cuatro pequeños

- 1 Luis Rius. *Los grandes textos de la literatura española hasta 1700*. México, Edit. Pomarca, 1966. pp. 55-6.
- 2 Francisco Hernández. *Gritar es cosa de mudos*. México. Libros escogidos, 1974. 43 pp. (Libros escogidos, 3).
- 3 Francisco Hernández. *Portarretratos*. México, La máquina eléctrica, 1976. 46 pp.
- 4 Francisco Hernández. *Cuerpo disperso*. México, Cuadernos de Estraza, 1978. spp.
- 5 Francisco Hernández. *Textos criminales*. México, Editorial Latitudes, 1980. 46 pp.

libros en rigor forman un solo libro, que fue reunido en un solo volumen en 1981 por Huberto Batis en la colección “Cuadernos de poesía” de la UNAM, con el título *Cuerpo disperso*.⁶ Dos de estos cuatro pequeños volúmenes son plaquettes de producción artesanal: *Portarretratos*, de la colección “La máquina eléctrica” editada por el poeta Raúl Renán, presenta un par de poemas manuscritos y *Cuerpo disperso*, de la colección “Cuadernos de estraza”, dirigida por el también poeta Antonio Castañeda; por cierto que los “Cuadernos de estraza”, como todo cuaderno que se respete, no tienen numeradas las páginas. El tiraje de ambos títulos se reducía a 500 (cifra cara en la historia de primeras ediciones de no pocos títulos de capital importancia en las letras de nuestro subcontinente) ejemplares, mismo número que se tiraron de *Gritar es cosa de mudos*, el primer libro de Francisco Hernández, editado como tercer número de la colección “Libros escogidos”, en honor de la célebre –y ahora mítica– librería de Polo Duarte, ubicada en la Hidalgo 33, donde un grupo de poetas como Francisco Cervantes y Guillermo Fernández establecieron su cuartel general, al que religiosamente acudían cada sábado a mediodía. Los encuentros se prolongaban hasta bien entrada la tarde en la cantina “El puerto de México”, que por cierto fue víctima del cáncer urbano, de la piqueta, como la librería de Polo, quien debió refugiarse en la alameda de la colonia Santa María. Las primeras publicaciones de Francisco Hernández fueron, entonces, labor de amigos, empresa de cómplices, de seres de la misma calaña.

Por la época en que traté a Paco todos los días, no resultaba extraño que Francisco Hernández, a la menor provocación y a veces sin ella, recitara poesía. Uno sabía que estaba de buen hu-

6 Francisco Hernández. *Cuerpo disperso*. México, UNAM, 1982. 46 pp. (Cuadernos de poesía)

mor cuando recitaba, alzando la vista y las manos al techo que no a cielo, el célebre verso de “Gratia Plena” de Neruo.

“Toda llena de flores como el ave María”

Sin embargo, los versos que con más convicción repetía eran los de *Los heraldos negros*, de Vallejo, en especial los de poema que da su título a la obra

Hay golpes en la vida tan fuertes... Yo no sé
Golpes como el odio de Dios; como si ante ellos
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... Yo no sé.⁷

Y el que la finaliza

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo,
grave.⁸

El eco de *Los heraldos negros* resuena desde el inicio del primer libro de Francisco Hernández, *Gritar es cosa de mudos*, cuyo primer verso dice así

Carajo, esto es el acabóse⁹

La obra consta de 22 poemas y está dividida en tres secciones. Acaso lo más rescatable de este libro primerizo, como de la obra

7 César Vallejo. *Obra poética completa*. La Habana, Casa de las Américas, 1970. p. 3.

8 *Ibid.*, p. 65.

9 Francisco Hernández. *Gritar es ...*, p. 7.

inicial de Francisco Hernández, sean los poemas breves, verdaderos fragmentos de poesía, que lo convirtieron en un maestro de la instantánea.

“La muerte del simi!”

de una calabaza negra
sale el insomnio
es la parte nocturna
de la soledad¹⁰

Sobre aquellos dedicados a la cordialmente odiada publicidad

“Radio 8 segundos”

Señora
señora
no sea tan imbécil
como su vecina
gaste hoy
lo que su marido
no podrá ganar mañana¹¹

O inspirados en ella

“CARTEL”
tratad a los niños como si fueran libros¹²

Gritar es cosa de mudos recoge poemas de más extensión, como “Angela o demonio”, escrito en honor de Angela Davis y

10 *Ibid.*, p. 26.

11 *Ibid.*, p. 29.

12 *Ibid.*, p. 32.

dado a conocer en la revista *La palabra y el hombre* de la Universidad Veracruzana, pero todos ellos son, usando una expresión de Borges, prescindibles. En resumidas cuentas, el incipiente poeta, que odiaba su actividad profesional de publicista, producía sus mejores versos cuando se acercaba a los modelos publicitarios, consistentes en redactar frases cortas, la mar de concisas, las más efectivas de no más de seis o siete palabras, conocidas como eslogans.

Portarretratos es una obra creada frente a un espejo. Hernández la inicia con un autorretrato –aunque confiesa “...francamente, no tengo cara/ para hacerlo”– y sigue con una galería de postales y figuras de literatos de cara memoria para él, como el viejo Ernest, Edgar Alan Poe en “Retrato hallado en un botella” y Lezama Lima. Las postales de Francisco Hernández toman como pretexto algún aspecto de las ciudades que visita –Nueva York, París– para retratar algún aspecto de la realidad interior del poeta veracruzano. Por esos tiempos yo recibí una postal suya, “El nacimiento del río Cuervo”, –de obvias connotaciones étlicas– en la que el buen Paco me decía que ese paseo por la península ibérica en realidad estaba siendo un viaje a su interior.

En *Cuerpo disperso* por primera vez aparecen poemas inspirados por la música, así como vuelve a evocar a otros creadores para tejer sus textos. El músico es Gustav Mahler, muy popular entre nosotros a partir de 1975, cuando La Orquesta Sinfónica Nacional interpretó casi la totalidad de su obra, bajo la batuta del recién fallecido Eduardo Mata. Los creadores aludidos por Francisco Hernández en esta ocasión resultan ingleses: Francis Bacon y Malcolm Lowry. El resultado poético es similar al de los poemas del autor de *Bajo el volcán*: lo mejor que se puede decir de ellos es que son piezas llenas de sinceridad, pero que dan la impresión de ser textos a medio hacer, inacabados. Otra vez, lo mejor del volumen reside en los brevi-

simos poemas que conforman la primera parte de la plaquette, “De la jaula vacía”. Oigamos algunos trinos:

de la jaula vacía
voló el canto
jaula vacía
canto enjaulado ¹²

o

en la jaula vacía canta el silencio ¹³

Por su ritmo y tono, estos pequeñísimos poemas vienen a ser un antecedente de los sones jarochos que Francisco Hernández evoca y reescribe en *Coplas a barlovento* de Mardonio Sinta.

Textos criminales inaugura un sendero muy productivo en la obra de Francisco Hernández: el poema narrativo, que alcanza su máxima expresión –hasta la fecha– en *Moneda de tres caras*. En una entrevista, todavía no publicada, que concedió a Frédéric-Yves Jeannet, Hernández refiere la génesis de sus *Textos criminales*:

... en el caso de *Textos criminales*, se me ocurrió el texto final, el que dice que la hoja en blanco es un crimen perfecto. Entonces pensé: Bueno, y ¿por qué no escribir un libro completo donde el tema sea el crimen? Como si fuera una novela, pero en fragmentos. Empezar así, con algo que tenga que ver con lo policiaco, y luego desarrollar varios crímenes. Se me ocurrió completo... Supongo que es un proceso muy similar al que tienen los cuentistas o los novelistas...¹⁴

12 *Ibid.*, p. 32.

13 Francisco Hernández. *Cuerpo disperso*, s.p.

14 Frédéric-Yves Jeannet. “Entrevista con Francisco Hernández”, publicada en este mismo número de *Tema y Variaciones*, en forma abreviada (pp. 159-182), hecha a finales de septiembre de 1995.

De esta forma, Francisco Hernández, poeta que cincela versos en prosa, dio inicio a la más feliz faceta de su labor poética: el poema narrativo. El hallazgo tuvo lugar alrededor de los años 1979 y 1980, época en que con ayuda de un psicólogo pudo darse cuenta de que su proclividad etílica estaba íntimamente relacionada con su insatisfacción por no dedicarle más tiempo y esfuerzos a la poesía. Entonces, simple y sencillamente mató al bebedor que medraba en él, que tarde o temprano lo habría conducido al crimen perfecto en contra suya, en perjuicio del artista que pugna por expresar su individualidad: la página en blanco, el silencio total. Salud por todo lo bebido, más salud por todo lo que ya no he de beber. Sólo entonces pudo dedicarle a la poesía, a la escritura, toda la energía que le dedicaba a la bebida y convertirse –jarocho había de ser– en un consuetudinario bebedor de café. Así, el artista emergió en toda su plenitud, salió a la superficie, en tanto que su obra empezaba a tener mar de fondo.

La obra de Francisco Hernández creció cualitativamente a partir de su sobriedad. En este sentido, su caso guarda similitud con el de Malcolm Lowry, quien sólo pudo culminar *Bajo el volcán* cuando dejó de beber. Ambos pudieron calmar su sed de licor y entonces, sólo entonces, produjeron lo mejor de su obra. La producción de Malcolm Lowry bebedor es deleznable y sólo es leída porque la escribió quien años después –lúcido y sobriónos dio *Bajo el volcán*. Francisco Hernández, al seleccionar los poemas para su antología *El infierno es un decir* (1993) tan sólo escogió dos poemas de su primera etapa, su época etílica: “Desnudez” y “Domingo”, ambos incluidos en *Cuerpo disperso*. La inmensa mayoría de su obra llamada a trascender fue plasmada justo después de que este poeta venció a su sed.